

Universidad de la Experiencia de Zaragoza

**III Concurso de relatos cortos.
“Una experiencia, una vida”**

Cercanía

Seudónimo del Autor: Tinker

15 de Mayo de 1992

El cielo... luminoso. El sol... ardiente. El mar... azul turquesa. La arena... dorada.

El tiempo transcurría lentamente mientras sorbía con placer el cóctel que un camarero negro, de mirada noble y sonrisa infinita, ataviado con americana y camisa blancas, pantalón negro, pajarita roja y... ¡guantes blancos!, me había servido. El alcohol acentuaba mi sensación de estar viviendo un sueño, un momento feliz.

Mi mujer, nuestra hija y yo habíamos llegado la noche anterior, y la mañana había empezado con un desayuno en el que no faltaron frutas exóticas desconocidas para mí, cuyos sabores y colores habían excitado aun más mi sensibilidad.

La exploración de los jardines del hotel había sido muy gratificante. Eran de una belleza lujuriosa. Flores y árboles se combinaban sobre un esponjoso césped; aquí una araña grande como mi mano, quieta en su red, esperando la llegada de su próxima víctima; allá, un ciempiés negro, enorme, atravesando el camino; acullá un árbol cuajado de nidos colgantes, alrededor de los cuales pájaros de colores competían por ver quién se ponía dónde y quién cantaba más alto y... de repente, un intenso zumbido revelaba la llegada de un gigantesco escarabajo volador.

Ahora, a la sombra de las palmeras y desde mi tumbona, emplazada en lo alto de un terraplén de unos dos metros de altura, contemplaba el espectáculo de luz y color que ofrecen al turista las playas de Mombasa. A lo lejos, en el horizonte, una cinta de color blanco entre el cielo y el mar revelaba la existencia del arrecife coralino que se extiende frente a la costa de Kenia, preservando una franja de varios kilómetros de anchura, del oleaje, de los tiburones y de otras amenazas procedentes del Océano Índico.

Decidí sumergirme en la inmensa balsa azulada y, tras calzarme las sandalias, tomé las gafas de bucear y bajé a la playa, donde un montón de niños se abalanzaron sobre mí gritando *¡jambo bwana!* y *¡pápa! ¡pápa!* para ofrecerme baratijas y pedirme unos centavos. Ropas ajadas y rotas, negra piel, bellos rostros, ojos enormes y una sonrisa que llegaba directamente al alma. A ellos no les estaba permitido acceder a la plataforma del hotel. Superada esta entrañable barrera, llegué al agua... ¡caliente! y, dejándome llevar por el cúmulo de sensaciones que dominaban mis sentidos, comencé a nadar suavemente, sin salpicar, sin hacer ruido, observando bajo el agua peces globo que se hinchaban al percibir mi presencia, pequeñas mantarrayas que huían y peces, muchos peces perfectamente mimetizados con el dorado y luminoso fondo.

La luz, la paz, el color, la temperatura, el agua en la piel, la proximidad de mis seres más

queridos, todo me hacía olvidar el paso del tiempo. Como si aquel momento fuera eterno. Como si no fuera a acabar nunca.

“Si existe”, pensé respirando felicidad, “el cielo no debe ser muy diferente de esto”.

16 de Mayo de 1992

Profundos baches sacudían el autobús mientras recorríamos la carretera que bordea la costa con destino a Mombasa. Ante nosotros se abría un mundo de color y vegetación. El sendero, paralelo a la carretera, estaba plagado de caminantes, todos a buen paso y muchos de ellos descalzos. Sus ropas variopintas, de corte occidental o típicamente africanas. Con seguridad, aquellas gentes caminaban diariamente un buen número de kilómetros.

Pronto empezó a cambiar el paisaje. La vegetación fue sustituida por anárquicos barrios de chabolas en los que se veían tortuosas calles sin asfaltar. Era, con toda su crudeza, esa cara del tercer mundo que los medios de comunicación nos muestran de vez en cuando.

El autobús se adentró entonces en la isla sobre la que se asienta el centro de Mombasa, ciudad que para mi, había sido siempre el paradigma de la aventura: punto de partida de caravanas de mercaderes, exploradores y cazadores, centro neurálgico del tráfico de esclavos y lugar de cita de gentes sin escrúpulos. Y ahora estábamos allí, de pie junto a “Los Colmillos”, un monumento situado en la Avenida Moi, la más importante de la ciudad, y que desde los años 50 se ha convertido en su icono más reconocible.

El tráfico era denso, y el calor, húmedo y pegajoso. Aliviados por la sombra de los numerosos jacarandas que crecían por doquier, caminamos hacia el puerto pasando por mezquitas, templos indios, decrepitas casas coloniales, edificios oficiales, bloques de apartamentos y antiguas construcciones inglesas, reflejo todo de la turbulenta historia de una ciudad que había sido colonizada sucesivamente por portugueses, árabes e ingleses y que, ahora, era la segunda ciudad de Kenia.

En el “Fort Jesus”, una fortaleza construida en el siglo XVI por los portugueses para dominar la entrada al puerto, y usada posteriormente como cuartel, prisión y arsenal, pudimos apreciar el impacto del clima y de la vegetación sobre los muros y las estancias, y sentir un escalofrío ante la sordidez de las celdas en las que en su día se hacinaron los prisioneros.

Desde allí caminamos hacia un mercado en el que, cogidos de la mano para no separarnos, nos mezclamos con el gentío. El bullicio y el colorido eran las notas dominantes, pero nos

agobiaban el calor, la humedad y los penetrantes olores que saturaban el ambiente. La visión de las moscas revoloteando sobre grandes trozos de carne colgados de ganchos nos empujó a escapar de allí con rapidez.

Enfilamos entonces nuestro camino hacia el “Old Port”, el puerto viejo. Era una zona, a la orilla del estuario, en la que se hallaban atracados varios barcos de pesca viejos y herrumbrosos y algunos veleros de madera muy antiguos. Estos eran “dhows” árabes, de uno y de dos mástiles, como aquellos que, el día anterior, habíamos visto desde la playa surcando las aguas a escasa distancia de la costa. Típicos en el Mar Rojo y en el Océano Índico, se usan para transportar fruta, agua dulce y otras mercaderías.

Desde una cierta distancia, la estampa era bellísima. La silueta de los barcos se recortaba contra el brillo del agua, serena bajo el implacable sol del mediodía, produciendo un efecto visual casi mágico, pero pronto pudimos darnos cuenta de que allí había algo más. Uno de aquellos “dhows” estaba atracado junto a la orilla y de sus bodegas emergían dos estrechas rampas de madera que se apoyaban en el muelle, sobre las que circulaban a buen ritmo unos hombres delgados, musculosos y casi desnudos.

Unos entraban al barco, directamente a las bodegas, subiendo una de las rampas. Iban sudorosos, sin carga, serios, silenciosos. Otros caminaban sobre la otra rampa que cimbrea por el peso, encorvados por la carga que portaban: enormes fardos de chatarra, trozos de hierro deformes y oxidados, que descargaban sobre el suelo una vez llegados a tierra. No sé cómo, supimos que era chatarra procedente de Somalia, donde se libraban combates cuyos restos metálicos eran comercializados en Kenia.

Solo faltaban el capataz con el látigo y los grilletes para que aquella escena pudiera reflejar lo que ocurría en los tiempos de la esclavitud.

Imaginé la situación en las bodegas del barco, oscuras y sucias, llenas de trozos de metal cortados a soplete, retorcidos, con bordes cortantes, que unos infortunados habían llevado al barco furtivamente en algún lugar del cuerno de África, y que otros descargaban ahora, bajo un sol de plomo, en durísimas condiciones.

Mi felicidad del día anterior se tornó en angustia y remordimiento.

“Si existe”, pensé descorazonado, “el infierno debe ser muy parecido a esto y, lo que es peor... ¡qué cerca está del cielo!”